

huellas todas de un registro riguroso y obstinado. Conociase que el sepulturero había buscado inútilmente su credencial, y hecho responsable de la pérdida á todo lo existente en la casa, desde el cántaro hasta su mujer. Gribier parecía desesperado.

Pero Fauchelvent tenía harta prisa de dar fin á la aventura para fijarse en este lado triste de su triunfo.

Entró, pues, y dijo:

—Os traigo vuestra pala y vuestro azadón.

Gribier le miró estupefacto.

—¿Sois vos, provinciano?

—Y mañana encontrareis vuestra tarjeta en la casilla del guarda del cementerio.

Y dejó en el suelo la pala y el azadón.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Gribier.

—Quiere decir que habeis dejado caer la tarjeta del bolsillo; que la encontré en el suelo después que os marchasteis; que he enterrado al muerto y rellenado la fosa; que he hecho yo vuestra tarea; que el portero os dará vuestra credencial, y que no pagaréis los quince francos.

Esto es lo que hay, recluta.

—¡Gracias, provinciano!—exclamó admirado Gribier.—Al primer enterramiento seré yo quien pague de beber.

### VIII.

#### *Interrogatorio feliz.*

Una hora después, ya cerrada la noche, dos hombres y una niña se presentaron en el número 62 de la calle Picpus. El más viejo de aquellos hombres levantó el picaporte y llamó.

Eran Fauchelvent, Juan Valjean y Cosette.

Los dos hombres habían ido á buscar á Cosette, en casa de la frutera de la calle del Chemin Vert, donde á la víspera la había dejado Fauchelvent. Cosette había pasado aquellas veinticuatro horas sin comprender nada, y temblando silenciosamente. Temblaba tanto, que no había llorado. No había comido ni dormido tampoco. La buena frutera le había hecho mil preguntas, sin conseguir otra respuesta que una mirada triste, siempre igual. Cosette no había dejado traslucir nada de lo que había oído y visto en los dos días últimos. Adivinaba que estaba atravesando una crisis, y conocía que era necesario ser "prudente." ¡Quién no ha experimentado el soberano poder de estas tres palabras pronunciadas con cierto tono al oído de una criatura aterrada: "No digas nada!" El miedo es mudo. Además, ¿qué persona guarda los secretos como un niño?

Solo después de aquelals veinticuatro horas había vuelto á ver á Juan Valjean y lanzado un grito de alegría; fué tal este grito, que el hombre menos suspicaz hubiera adivinado en aquel grito la salida de un abismo.

Fauchelvent era de la casa, y sabía las palabras de pase. Todas las puertas se abrieron.

Así se había resuelto el doble y difícil problema: de salir y entrar.

El portero, que tenía ya sus instrucciones, abrió la puertecita que ponía en comunicación el patio y el jardín, y que hace veinte años se veía aún desde la calle, en la pared del fondo del patio, enfrente de la puerta cochera.

El portero introdujo á los tres por aquella puerta, y desde allí pasaron al locutorio reservado donde el día anterior había recibido Fauchelvent las órdenes de la priora.

La priora, con su rosario en la mano, los estaba esperando. A su lado, cubierta con el velo, estaba de pie una madre vocal.

Una discreta vela alumbraba, ó mejor, hacía que alumbraba el locutorio.

La priora pasó revista á Juan Valjean. Nada escudriña tanto como unos ojos bajos.

Después le interrogó:

—¿Sois el hermano?

—Sí, reverenda madre,—respondió Fauchelvent.

—¿Como os llamais?

Fauchelvent respondió:

—Ultimo Fauchelvent.

Este había tenido, en efecto, un hermano, llamado Ultimo, que había muerto.

—¿De dónde sois?

Fauchelvent respondió:

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—¿Qué edad teneis?

—Cincuenta años.

—¿Qué oficio es el vuestro?

Fauchelvent respondió:

—Jardinero.

—¿Sois buen cristiano?

Fauchelvent respondió:

—Todos los somos en nuestra familia.

—¿Es vuestra esa niña?

Fauchelvent respondió:

—Sí, reverenda madre.

—¿Sois su padre?

Fauchelvent respondió:

—Su abuelo.

La madre vocal dijo á la priora á media voz:

—Responde bien.

Juan Valjean no había pronunciado una palabra.

La priora fijóse en Cosette atentamente y dijo á media voz á la madre vocal:

—Será fea.

Las dos madres hablaron algunos minutos en voz baja en el rincón del locutorio, y después volviése la priora y dijo:

—Tío Fauvent, procuraos otra rodillera con cascabel. Ahora se necesitan dos.

En efecto, al día siguiente se oían dos cascabeles en el jardín, y las religiosas no podían resistirse al deseo de levantar una punta del velo. Viendo así en el fondo del jardín, y bajo de los árboles, á dos hombres que cavaban juntos Fauvent y otro. Raro acontecimiento. Rompióse el silencio, llegando á decirse: Es un ayudante del jardinero.

Es un hermano del tío Fouvent, añadían las madres vocales.



Juan Valjean estaba ya instalado formalmente; tenía su rodillera de cuero y su cascabel; era ya oficial su cargo y su nombre de Último Fouchelvente. La principal causa de su admisión había sido esta observación de la priora refiriéndose á Cosette: "Será fea."

Pronunciado este pronóstico, la priora se hizo amiga de Cosette, admitiéndola en el colegio como educanda de caridad.

Es todo ello altamente lógico.

Por más que no haya espejos en el convento, las mujeres tienen la conciencia de su fisonomía; y las jóvenes que se creen bonitas no se dejan convencer fácilmente pa-

ra monjas. La vocación voluntaria está en razón inversa de la belleza, y por esto se espera más de las feas que de las hermosas. De ahí la gran afición á las fealdades.

Toda aquella aventura enaltecíó al buen viejo Fouchelvent, por haber conseguido un triple triunfo: cerca de Juan Valjean, á quien salvó y dió asilo; cerca del sepulturero Gribie, que se decía: me ha librado de pagar la multa; cerca del convento, que, gracias á él, conservando el cuerpo de la madre Crucifixión, había podido eludir al César satisfaciendo á Dios. Hubo un ataúd con cadáver en el Pequeño Picpus, un ataúd sin cadáver en el cementerio de Vaugirad; el orden público se turbó indudablemente con ello, pero nadie lo advirtió.

En cuanto al convento, su gratitud para con Fauchelvent fué grandísima. Hasta el punto de ser el mejor de los criados y el mejor de los jardineros. En la primera visita del arzobispo, la priora contó lo acaecido á su Ilustrísima, como confesándose y envaneciéndose un poco. El arzobispo, al salir del convento, habló de ello con elogio y en secreto al señor de Latín, confesor del hermano del rey, que fué después arzobispo de Reims y cardenal. La fama de Fauchelvent corrió tierra y tierras hasta llegar á Roma. Hemos visto una carta dirigida por el papa reinante entonces, León XII, á uno de sus parientes de la nunciatura de París, llamado como él Della-Genga, en la cual se lee lo siguiente: "Parece que en un convento de París un excelente jardinero, que es un santo varón llamado Fauvent." Pero ninguna noticia de este triunfo llegó á la barraca de Fauchelvent, quien siguió ingertando, escardando y cubriendo sus melones, sin tener la menor idea de su excelencia ni de su santidad. No tuvo jamás su gloria otra noticia que la que alcanzó el buey de Durham ó de Surrey, cuyo retrato se publicó en el "Illustrated London News," con esta inscripción: "Buey que ha ganado el premio en la exposición de animales de cuernos."

## IX.

**Clausura.**

Cosette en el convento continuó guardando silencio.

Cosette se creía sencillamente hija de Juan Valjean; y como por otra parte nada sabía, nada podía decir, y aún en este caso nada hubiera dicho. Hemos ya indicado que nada enseña el silencio á los niños como la desgracia; y Cosette había padecido tanto, que todo lo temía hasta su voz y su respiración. ¡cuántas veces una palabra sola había precipitado sobre ella una tormenta! Apenas había principiado á tranquilizarse desde que estaba con Juan Valjean. Acostumbróse luego á la vida del convento. Solamente echaba de menos á su Catalina, pero no se atrevía á decirlo. No obstante díjole un día á Juan Valjean:

—Padre, si lo hubiera sabido, la habría traído conmigo.

Cosette, al entrar de educanda, tuvo que vestir uniforme de las colegialas de la casa. Juan Valjean consiguió que le volviesen los vestidos que dejó, es decir, el mismo traje de luto con que la vistió al dejar la taberna Thénardier que no estaba aún muy usado; guardóse Juan Valjean el vestido, las medias de lana y los zapatos, con mucho alcanfor y otros varios aromas, de los que abundan en los conventos, en un